

En recuerdo del día
en que pronuncie esta
conferencia, con todo
carinho.

Ismail Fernández

Pamplona, 31.8.2007

Ismael Sánchez Bella

LA UNIVERSIDAD IDEAL

Lección inaugural de la Facultad de Ciencias Empresariales de la
Universidad Austral, Rosario (Argentina), 13 septiembre de 1990

Deseo, ante todo, mostrar mi alegría por encontrarme de nuevo en Rosario. Salí de esta querida ciudad en 1952 para poner en marcha la Universidad de Navarra y regreso ahora para asistir al nacimiento de la Facultad de Ciencias Empresariales de la Universidad Austral, con el mismo espíritu que aquélla.

La Universidad de Navarra y la Universidad Austral son, en primer lugar, Universidades no estatales, es decir, con esa autonomía, ese espíritu de empresa que distingue a la iniciativa privada, que sabe afrontar con gallardía el riesgo del éxito o del fracaso, y del arduo esfuerzo de su financiación. Son, además, obras corporativas del Opus Dei, es decir, que esa Prelatura asume la responsabilidad de la formación religiosa y moral, y les da un espíritu del que enseguida se

advierten manifestaciones externas. Por ejemplo, las mujeres, que son más observadoras, descubren de inmediato la limpieza de los edificios docentes donde transita tanta gente; los profesores se admiran de la cordialidad de los colegas y del hecho —realmente extraordinario— de que no se critique; las familias de los enfermos internados en la Clínica Universitaria admiran, en cambio, la delicadeza especial de los médicos con las enfermeras.

Formación integral

Todo eso y más advierten cuantos van a «ver» la Universidad. Pero su espíritu es mucho más amplio. La Universidad ideal no se conforma con dar una sólida formación científica y profesional. Aspira a esa *formación integral* cuya necesidad ha sido proclamada por Congresos de Rectores y por tantos expertos en tareas educativas.

Antes que nada, *el empeño por el trabajo bien hecho*. El enseñar a acabar las cosas. El salir al paso de las superficialidades de la impaciencia que llevan al mariposeo frívolo y a querer obtener el fruto sin haber sembrado. El prestigio verdadero exige un trabajo intenso, hecho con regularidad. La clave del éxito está, de ordinario, en la constancia. *La laboriosidad es el primer deber de profesores y alumnos*. Talentos-cumbres se dan pocos (y, a veces, resultan raros por sus reacciones) y mediocridades grandes son también escasas en el ámbito universitario. Fracasan los flojos de voluntad, los que no saben aprovechar el tiempo, o aquellos que se conforman con «chapuzas», olvidando lo que resaltaba el poeta Antonio Machado: que «el hacer las cosas bien importa más que el hacerlas».

La Universidad ideal no se conforma con dar una sólida formación científica y profesional. Aspira a eso que ahora llamamos la *formación integral*, cuya necesidad proclaman tantas ilustres personalidades.

Cuando estuvo en España el Santo Padre Juan Pablo II, nos habló a los universitarios en la Universidad Complutense, el 3 de noviembre de 1982. Él decía que los educadores —son palabras literales suyas— han de saber transmitir «además de la ciencia, el conocimiento del hombre mismo; es decir, de su propia dignidad, de su historia, de sus responsabilidades morales y civiles, de su destino espiritual, de sus lazos con toda la humanidad».

El Fundador del Opus Dei y primer Gran Canciller de la Universidad de Navarra, San Josemaría Escrivá de Balaguer, también enseñaba que «hay Universidad propiamente en las Escuelas, donde a la transmisión de los saberes, se une la formación enteriza de las personalidades jóvenes». Es notable que esta idea de la formación haya llegado a las leyes. La Ley francesa de Universidades, por ejemplo, proclama en su artículo 1º que «el fin de la Universidad es la elaboración y transmisión del conoci-

miento, el desarrollo de la investigación y la formación del hombre».

Quisiera leerles un párrafo del Dr. Ponz Piedrahita, que ha sido uno de los Rectores de nuestra Universidad de Navarra. Él afirmaba hace unos años: «Hoy, quizá más que en otros tiempos, hace falta en la sociedad, hombres que tengan bien arraigados los rasgos propios del universitario. En la sociedad de nuestros días, como consecuencia del progreso científico y técnico, de su complejidad, del alto nivel de interdependencia entre sus diferentes sectores, se observan fuertes tendencias a la despersonalización, a la consideración del hombre como cosa, número, elemento de una máquina, de una masa, de un colectivo de comportamiento global. Los grandes sistemas, las macroestructuras, los supuestos grandes objetivos colectivos, aprisionan, constriñen o aún desprecian al hombre singular, dando lugar a una contaminación ideológica y psíquica que asfixia al hombre en términos

mucho más graves que la contaminación por factores físicos o químicos. Ante estas circunstancias, resulta vital para la sociedad que la Universidad sea capaz de exaltar *la educación del hombre en cuanto hombre*, de enaltecer y hacer que se desplieguen al máximo todos los valores inherentes a la persona humana. Hay que devolver al hombre toda su dignidad, su condición de señor de la Naturaleza, a la vez que su hondo sentido de responsabilidad para ejercer libremente ese señorío conforme a las más altas miras y en servicio de los demás hombres. Esto habría de ser el núcleo constitutivo e informador del espíritu universitario, que ninguna Universidad debería desatender» (7.X.1973).

Existe, pues, bastante unanimidad acerca de la necesidad de una formación integral universitaria. En una reunión de la Asociación Internacional de Presidentes de Universidades (IAUP), celebrada en Moscú, todos los Rectores confesaron humildemente (marxistas, liberales, católicos) que la Uni-

versidad del siglo XX ha fracasado porque no se ha preocupado más que de la formación profesional, científica, y tenemos hombres y mujeres con ideas desviadas, fenómenos como la droga y mil cosas más, que demuestran hasta qué punto se ha descuidado la formación integral del hombre.

¿Cómo dar esta formación profunda, que va a ser uno de los fines principales de esta Universidad que ahora nace?

Formación doctrinal-religiosa

Ante todo, el primero objetivo que debe promover la Universidad, es la formación doctrinal religiosa.

«Un hombre que carezca de formación religiosa —decía Monseñor Escrivá— no está completamente formado. Por eso la religión debe estar presente en la Universidad; y ha de enseñarse a nivel superior, científico, de buena teología. Una Universidad de

la que la religión esté ausente, es una Universidad incompleta: porque ignora una dimensión fundamental de la persona humana, que no excluye –sino que exige– las demás dimensiones. De otra parte, nadie puede violar la libertad de las conciencias: la enseñanza de la religión ha de ser libre, aunque el cristiano sabe que, si quiere ser coherente con su fe, tiene obligación grave de formarse bien en ese terreno, que ha de poseer –por tanto– una cultura religiosa: doctrina, para poder vivir de ella y para ser testimonio de Cristo con el ejemplo y con la palabra» (*Conversaciones*, 73).

En la Universidad, todos los alumnos de cualquier carrera que sea, estudiarán Teología, Moral y Deontología. Formación religiosa y *después formación doctrinal*. Si la Universidad se limita únicamente a dar una buena preparación científica y profesional, ha fracasado, porque lo que está urgiendo, es lograr hombres y mujeres con criterios claros en todos los temas claves de la vida.

Nadie puede violentar la libertad de las conciencias: la enseñanza de la religión ha de ser libre, aunque el cristiano sabe que, si quiere ser coherente con su fe, tiene obligación grave de formarse bien en este terreno. Ha de poseer –por tanto– una cultura religiosa amplia: doctrina, para poder vivir de ella y para ser testimonio de Cristo con el ejemplo y con la palabra.

Formación religiosa y después formación doctrinal. Lo acabamos de oír: si la Universidad se limitara únicamente a dar una buena preparación científica y profesional, habría fracasado, porque lo que está urgiendo, es lograr hombres y mujeres con criterios en todos los temas claves de la vida.

Un medio importantísimo para dar formación doctrinal, en esta Universidad ideal de la que hablamos, es completar las clases teóricas, que decimos pomposamente «magistrales», con el asesoramiento del profesor a cada uno de los alumnos. Todos los profesores deberíamos dedicar un tiempo cada

semana a charlar individualmente con un grupo de alumnos.

Veo como un medio importantísimo en esta Universidad ideal que estoy bosquejando, el asesoramiento personal de los profesores a los alumnos. No hay auténtica educación si no se llega a la persona concreta, en una conversación periódica exenta de formalismos, propia de dos amigos, que cambian impresiones sobre la marcha de los estudios, la inserción en la vida universitaria, las lecturas complementarias y tantos otros aspectos. En esas comunicaciones, el maestro contribuye a edificar en el discípulo una actitud altruista, de servicio al prójimo, que es tan característica del espíritu universitario.

Formación también humana

Ya señalé la importancia de la laboriosidad. Un estudiante que no estudia con regulari-

dad y empeño, comete un fraude a sus padres, a la sociedad y a sí mismo.

También conviene que *aprenda a convivir*. Un buen estudiante no es todavía un buen universitario si no piensa en los demás, si se hace egoísta, retraído, «ratón de biblioteca». «Saber escuchar» —algo muy difícil a los varones; las mujeres hablan más, pero se escuchan— y «saber perder», por ejemplo, en un encuentro deportivo, es algo tanto o más importante que el estudio. Una preocupación del primer año de la carrera es conseguir que todos se inserten en una actividad cultural —club de lectura, coro universitario, etc.— o deportiva.

Entre estas virtudes humanas que hemos de inculcar, a mí me gusta mucho hablar del *optimismo*. Los aguafiestas, los tristonos, hacen un daño terrible. A veces pienso que esta paralización que se advierte en tantos jóvenes, que no se animan por el cómodo amor a no correr un riesgo, es consecuencia de un puro y falso complejo de incapacidad.

Cuando me dice un alumno, al que pido un esfuerzo extraordinario, que no puede o que no sabe, le contesto: ¿quién te ha dicho que no puedes? Estás renunciando a luchar. León Bloy, un autor muy apreciado que llevó la fe a Jacques Maritain, contaba, en uno de sus libros, que había tenido un amigo que vivió toda su vida acomplejado por algo que él creía que no sabía hacer, y que, justamente a la hora de morir, se dio cuenta de que sí podía. ¡A buena hora!...

Y cuánta gente se lleva a la tumba parte de su personalidad sin desarrollar. Dios te ha dado, a todos nos ha dado, una personalidad fabulosa; y cuántos, con unas posibilidades inmensas, no han dado fruto, simplemente por un complejo. Hay que quitar a la gente joven los complejos. Yo ahora veo gente joven muy buena, de calidad, pero gente débil. Yo no sé si la vida moderna, que es más cómoda para las nuevas generaciones, las ha hecho débiles.

El optimismo, no inconsciente sino realista, lleva siempre al ánimo de que se puede más, mucho más, si se quiere.

Podría seguir enumerando otros aspectos de la educación, de la formación humana, que hemos de cuidar en esta Universidad: el amor a la verdad, la confianza y el respeto a los maestros, la lealtad a los compañeros y, sobre todo, el amor a la libertad y responsabilidad personal.

La auténtica educación no es el proteger excesivamente. Los extranjeros dicen que la familia española es demasiado protectora. Hay que educar en la libertad, para que sepan usar de ella con sentido de responsabilidad personal.

No sé si es conocida la anécdota que cuenta Francesc Cambó en sus *Memorias*. El Rey de España, Alfonso XIII, abuelo de nuestro actual monarca, tuvo una debilidad, que fue un gran acierto: construir el primer *campus* universitario español, que hoy es la Universidad de Madrid, la Uni-

versidad Complutense. El Rey estaba tan orgulloso con esta idea del *campus*, que se hizo construir una maqueta en el propio palacio, que él personalmente enseñaba a las visitas ilustres. Se sabía muy bien cada edificio, qué misión iba a tener. Los visitantes distinguidos, sincera o cortesana-mente, decían: «¡Oh Majestad!, qué cosa tan bonita». Llegó un día Cambó, que fue ministro dos veces entre 1918 y 1923, y el Rey le repitió la misma historia: «La Universidad... y esto y lo otro...»; y el abogado catalán no abrió la boca. Y el Rey se picó: «¿No le gusta, don Francisco?». Y el político regionalista dijo: «Ah, Majestad, yo creía que una Universidad no son los edificios, sino los profesores». Qué razón tenía el catalán.

No podemos ser negativos: predicar una cosa y hacer otra, puede hacer mucho daño. No se puede olvidar lo que escribió Eugene Boylan hace algunos años: «La mayoría de nosotros formamos la noción de

nuestras experiencias con aquellos con quien nos relacionamos más frecuentemente, en especial del trato que recibimos de nuestros padres y maestros».

Si no logramos que se cree en este tipo de Universidad un ambiente auténticamente familiar, que aprendan a convivir, difícilmente luego serán la clase dirigente que necesitamos.

Mentalidad de servicio

Entre los ideales que hay que inculcar a los universitarios es importante *la mentalidad de servicio*. «Los universitarios —decía también San Josemaría Escrivá— necesitan ser responsables, tener una sana inquietud por los problemas de los demás y un espíritu generoso que les lleve a enfrentarse con estos problemas, y a procurar encontrar la mejor solución. Dar al estudiante todo eso es tarea de la Universidad...; debe formar a

sus estudiantes para que su futuro trabajo profesional esté al servicio de todos...; la Universidad no debe formar hombres que luego consuman egoístamente los beneficios alcanzados con sus estudios, debe prepararles para una tarea de generosa ayuda al prójimo, de fraternidad cristiana. Muchas veces esta solidaridad se queda en manifestaciones orales o escritas, cuando no en algaradas estériles o dañosas: yo la solidaridad la mido por obras de servicio» (*Conversaciones*, 74-75).

El humanista Luis Vives definía a la Universidad destacando su *generosidad*: esa voluntad de hacer igual que a ellos; un espacio en el que se trasmite todo lo que se sabe y se da todo lo que se posee. El profesor da el tiempo, no sólo en las clases teóricas, sino en los seminarios, en las tertulias, en el contacto personal, en el asesoramiento semanal que hace con los chicos, sin reservarse nada, sin la cuquería de ocultar sus fuentes de conocimiento. Es decir, su ilu-

sión es que los alumnos levanten más alto que él el vuelo. El profesor acoge afectuosamente a sus alumnos, los quiere, no puede ser nunca un modelo glacial que se puede admirar pero que no se puede amar.

Esta Universidad ideal, a la que aspiramos, también ha de ser *universal*, no deben existir fronteras para la cultura. Aquí caben todos, católicos y no católicos, ricos y pobres, alumnos de todas las clases sociales, hay que evitar el espíritu pueblerino y, como dice *Camino*, «no vuelas como un ave de corral cuando puedes subir como las águilas» (n. 7).

Yo pienso que somos muy exigentes. *Exigimos mucho*: hay que trabajar, hay que leer, hay que aprender idiomas. Hay un culto al idioma como fin. Esto es absurdo. Es evidente que hay que saber el idioma, sobre todo la lengua inglesa... El ideal debería ser que todos fuesen bilingües: español e inglés, porque está última es la lengua que hoy se usa en la comunicación científica. No olvidemos, sin embargo, aquello

que Cambó respondía a su hija, cuando ésta le decía: «¿Sabes papá que nuestra prima ha aprendido otro idioma nuevo?»; entonces comentaba él: «Dirá las mismas tonterías en distintas lenguas». Este catalán era muy socarrón...

Cuentan de un andaluz que estaba acostado al pie de un árbol y que la gente, todo el mundo, le criticaba, diciendo: «Pero, ¿qué haces? Hombre, trabaja, tal y cual». Y él contestaba: «Pero, ¿para qué?, ¿para qué?». Y le daban razones: para esto y para lo otro, y vivirás bien. Y decía: «¿Mejor que ahora?». Si a la gente sólo se le pide que trabaje por vivir bien, está todo resuelto: con estar tumbado nuestro hombre ya estaba encantado de la vida, ¿no?

Dar ideales

Digo que somos muy exigentes. Pero, para exigir, antes, hay que *dar ideales*. Yo creo que

en la actualidad la gente joven es un poco blanda, un poco perezosa. Cuando me preguntan: «Usted, que tiene tanta experiencia, tantos años, ¿cuál es la causa del fracaso de ese 10-15% que se quedan en primer curso?», respondo siempre lo mismo: porque son *señoritos*, vagos profesionales, que en su vida han hecho nada, se les ha mimado demasiado; quizá ha sido la mamá, o la abuelita, o el papá, o quien sea, o todos a la vez.

El hecho es, me parece, que falta primero transmitirles ideales. Hace muchos años le oí a Monseñor Escrivá, en una charla amable, destacar que cada uno debe ser muy exigente consigo mismo. Pero antes —marcaba mucho el *antes*— tenéis que hacer como hacen los herreros cuando trabajan el hierro, que lo colocan en el fuego y mientras no se ha puesto al rojo no se ponen a moldearlo. Decía: «antes hijos míos, tenéis que llenar vuestra cabeza y vuestro corazón de cosas grandes». Sin ideales, la pura exigencia agosta.

Yo creo que ahora faltan ideales en la gente joven. Cuando hablan con sus papás, cuando prestan atención al ambiente, no oyen hablar más que de pasarlo bien, de vivir bien, de dinero. Ahora la obsesión es la seguridad. Cuántas veces lo he visto yo, y a veces más en las madres que en los padres. Las madres tenéis muchas virtudes, pero estáis un poco obsesionadas con la seguridad. Por ejemplo, que vuestros hijos no estudien humanidades, letras, o filosofía y letras, y siempre por una razón: «porque se morirán de hambre».

Me ha pasado ser invitado en alguna casa a almorzar y, como es lógico, me digo: «Esto es cariño hacia mi persona». Pero, pienso luego que la mujer, que es muy práctica, algo busca. ¡Y claro que busca! Busca un cómplice. Resulta que la niña quiere estudiar. Y al terminar la comida deja caer: «¿A usted no le parece que al estudiar Filosofía y Letras se va a morir uno de hambre?». Y yo, que me sé la lección, les

hago como los gallegos: contesto con una pregunta: «¿Por qué lo dices?». Y ella destapa su objetivo final: «Es que la nena quiere estudiar Letras y se va a morir de hambre». Se ve que la mamá ha estado insistiéndole en que pase a Derecho o a una carrera práctica, o a Economía o a Empresariales, que hoy, por cierto, es la carrera de moda en toda Europa.

Cuando una madre se empeña en una cosa encuentra casi siempre una gran resistencia, aunque sea sólo por llevarle la contraria: así son los hijos, ¿no? Entonces la mamá piensa: «traigo aquí al profesor y él...». ¿Y sabéis qué hago en estos casos? Hago una faena. Me levanto así, con cara entusiasmada, y me dirijo a la niña: «En este mundo materialista y miserable he encontrado, por fin, una mujer con ideales». La pobre señora ha perdido la comida.

No se pueden achatar ideales. Hace poco me dijo un amigo desesperado: «¿Sabes?, tengo un gran problema, el chico

quiere ser músico». Y yo contesté: «¿Y qué problema es ese?». «Se morirá de hambre». ¡Y dale con el hambre! Si nunca se ha comido como ahora... Si el chico estuviera apático, abúlico, eso sería preocupante; si fuese un chico a quien nada gustase, sería para asustar. Pero si un chico a los dieciocho años quiera ser músico, ¡es ya un Beethoven en potencia, hay que lanzarlo al conservatorio! Nada, que le hablé hace poco a uno con tal fuego, que lo ha llevado al conservatorio... y ahora estoy un poco asustado de lo que hice.

En todo caso, *no achatar nunca los horizontes*. Si quiere estudiar Filosofía y Letras, que estudie. ¡Yo soy de Letras y vivo! Nunca he pasado hambre, ese hambre misterioso, que ahora esgrime tanto la gente cuando se refiere a las gentes de Letras. Lo digo porque hay una obsesión por la seguridad. La seguridad es razonable y comprensible en un anciano, que tiene una enorme inseguridad hasta en el movimiento. Tiene

unos ahorrillos y se pega al dinero. Todos sabemos que la avaricia es un posible peligro de los ancianos. Molière, en el *Tartufo*, se burla de este defecto de los ancianos, aunque es comprensible, porque ¿de quién se va a fiar un anciano? ¿De sus hijos, que quizá quieran mandarlo a un asilo? No, él a su dinero y a sus ahorros, que son la única seguridad. O sea que la seguridad a esa edad —y pongo edades muy altas— vale. Pero recomendar a una niña o a un chico de veinte años: «tú a lo seguro», «tú lo seguro», es inculcarle miedo a la vida, y esto no se puede hacer.

Siempre digo que para andar, hay que correr algún riesgo; si colocas los dos pies juntos en el suelo, no corres ningún riesgo, pero tampoco andas. Hay que correr el riesgo de caerse, de levantar por lo menos un pie. Hay que preparar a la gente para enfrentarse a la vida. En los países del norte de Europa, donde el Estado todo lo hace, porque está todo organizado por el Estado, la gente

se aburre soberanamente y, para evadirse, agarran unas borracheras tremendas de fin semana. Si quitamos a la vida el aliciente de la aventura, entonces no vale la pena vivirla. O sea, que no sean ustedes tan prudentes.

Podríamos seguir enumerando otros aspectos de la formación humana: sobre todo, el amor a la libertad y a la responsabilidad personal.

No entregar nuestra libertad por la seguridad

Somos tan tontos, que hacemos un negocio malísimo: *entregamos nuestra libertad por la seguridad*. El Estado, que es el que da la seguridad, ha avanzado hasta límites insospechados, hasta meterse a regular la natalidad, y a decidir una cosa tan íntima como es el número de hijos que ha de tener un matrimonio. Pero, ¿esto qué es? ¿cómo hemos dejado avanzar tanto al Estado? Es porque el Estado ofrece seguridad.

Lo normal, sin embargo, es que los padres, como habéis hecho aquí, monten colegios para educar a sus hijos conforme piensan ellos: si piensan en católico, como católicos. En cambio, muchos no lo entienden así: «que nos lo dé todo el Estado», dicen; y el Estado, encantado de la vida: da el colegio, pero lo educa a su modo y a su manera. Y esto no debería ser nunca así, porque el papel del Estado es suplir a la iniciativa privada.

A mí me encanta que en los Estados Unidos, donde hay tantas cosas admirables, cuando va un visitante ilustre invitado por el Estado, se encargue a una agencia privada la preparación del viaje. Allí tienen muy arraigado el sentido de la iniciativa privada.

O sea, que no entreguemos nuestra libertad por esa ansia de seguridad. A los hijos hay que darles ideales, llenarles la cabeza y el corazón con ideales y no hablarles sólo de que deben vivir bien.

Voy a terminar.

Fe en la educación

Yo les pediría un poco de fe, *fe en la educación*. En la educación parece que no se ve el fruto, pero es lo más importante que se puede hacer, la mejor inversión. Vuestros hijos van a tener una gran oportunidad de aprender: primero a estudiar, después a convivir, a ser buenos profesionales, pero también a ser buenos cristianos. Por todo ello: fe en la iniciativa privada, en la iniciativa social. Una obra educativa como ésta exige el esfuerzo de todos, movilizar recursos e iniciativas sociales, pues la experiencia enseña que cuando nos mueve un gran ideal, la tarea se realiza; con aquel aliento que levantó en otros tiempos las grandes catedrales de Europa.

Nada más y muchas gracias.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EL DÍA XVII DE MAYO DE MMVII